

GRELLARD, Christophe y LACHAUD, Frédérique (eds.), **A Companion to John of Salisbury**, Leiden-Boston, Brill, 2015 (466 pp.).

Desde la publicación en 1984 de *The World of John of Salisbury*, editado por Michael Wilks –donde se recopilaban las intervenciones hechas por una serie de especialistas con motivo del octavo centenario de la muerte de Juan de Salisbury–, los trabajos especializados en este autor han seguido un derrotero fluctuante. A pesar de esto, los estudios en torno a su producción se han visto revitalizados en los últimos años, gracias al impulso fundamental de autores como Cary Nederman, Christophe Grellard y Frédérique Lachaud. A partir de la contribución de trece especialistas, el *Companion* tiene como objetivo presentar una síntesis de los debates y las perspectivas actuales de los estudios sobre Juan de Salisbury, con un énfasis especial en la relación establecida por este autor con su contexto de producción. En este sentido, la compilación ofrecida por Brill resulta una gran contribución al estado del arte actual sobre el conocimiento de la vida y obra de unos de los escritores más importantes del siglo XII.

El libro está dividido en cuatro partes, precedidas por una introducción colectiva escrita por los dos editores, Lachaud y Grellard, que ofrece una mirada general a aspectos centrales de la vida y obra de Salisbury. Esta introducción resulta de vital importancia para aquellos no familiarizados con la figura del autor

o con su contexto de época. Asimismo, para los especialistas contribuye a sintetizar los debates, perspectivas y líneas de trabajo más recientes presentes en el campo. El libro ofrece además una breve reseña académica de los colaboradores, así como también una síntesis bibliográfica específica y un índice onomástico al final.

La primera parte del libro se titula “Historical Context” y se compone de tres artículos que contribuyen a situar al autor en relación con su tiempo. El primer trabajo, escrito por Cédric Giraud y Constant Mews se titula “John of Salisbury and the Schools of the 12th Century”. En él, los autores intentan dar respuesta al interrogante sobre el lugar ocupado por Juan de Salisbury en el espectro educacional del siglo XII. En este sentido, reconstruyen su trayecto educativo, su vínculo con la Escuela de Chartres, con otros grandes personajes intelectuales de la época, a la vez que subrayan algunos aspectos de su trabajo: su perspectiva pedagógica, su conocimiento de gramática, de dialéctica y de teología. El segundo capítulo se titula “John of Salisbury and Thomas Becket”, redactado por Karen Bollermann y Cary Nederman. En él, los autores abordan un aspecto escasamente explorado: la relación e influencia recíproca establecida entre las dos figuras y la proyección de la influencia –decisiva, para los autores– de Becket en los trabajos de Juan de Salisbury. Se trata de un capítulo muy enriquecedor, por cuanto gran parte de los trabajos que vinculan a estas dos figuras tienden a limitarse al uso de la obra de Juan como testimonio

para trabajar la figura emblemática de Becket. El último artículo de esta primera parte, escrito por Julie Barrau, “John of Salisbury as Ecclesiastical Administrator”, analiza el rol fundamental de Juan como clérigo vinculado a la labor administrativa eclesiástica, tanto en relación a la corte papal como a la sede del arzobispado de Canterbury y, finalmente, su actividad como obispo de Chartres en sus últimos años de vida. Estos dos últimos capítulos son, a nuestro entender, los aportes más innovadores del libro, ya que abordan dimensiones de la vida y de la producción escrita de este personaje desde ópticas escasamente trabajadas.

La segunda parte del libro, “John of Salisbury as a Writer”, se compone también de tres artículos. El primero, escrito por Ronald Pepin, lleva el mismo título que el apartado y aporta una síntesis de todas las obras redactadas por Salisbury, así como un análisis de los elementos recurrentes que aparecen en ellas (la moderación, el escepticismo, el recurso a los textos clásicos) y de su estilo de escritura y composición. El siguiente capítulo, “John of Salisbury and Classical Antiquity”, escrito por Laure Hermand-Schebat, aborda uno de los tópicos recurrentes en los estudios sobre el autor, a quien se ha caracterizado como el “mayor humanista del siglo XII”, por su gran conocimiento de los textos clásicos. En este capítulo, la autora analiza el componente clásico en la obra de este pensador y su lectura de autores de la Antigüedad greco-latina, así como su vínculo con distintos géneros textuales (escritos filosóficos, gramaticales, poesía, textos históricos). El último artículo, escrito por Clare Monagle y titulado “John of Salisbury and the Writing of History”, indaga sobre las particularidades que presenta la obra histórica de Juan —especialmente la *Historia Pontificalis*—, en relación a la preocupación del pensador

por esclarecer las relaciones políticas y de poder de su época.

La tercera parte, la más extensa, se compone de cinco artículos agrupados bajo el título “John of Salisbury and the Intellectual World of the 12th Century”. El primero, escrito por Yves Sassier, “John of Salisbury and Law”, aborda un tema central para comprender el pensamiento de Salisbury, fundamentalmente en la elaboración de un modelo de *res publica* y de gobernante, presentes en el *Policraticus*: la familiaridad del autor con los principios del derecho romano y canónico, las posibles fuentes de ese conocimiento, la articulación original entre derecho y poder y el uso de las herramientas aportadas por una “ciencia” de la jurisprudencia en proceso de gestación. Este trabajo permite abordar el siguiente capítulo, escrito por quien es sin duda uno de los más grandes especialistas en Juan de Salisbury, Cary Nederman, quien aborda de forma descriptiva los componentes elementales de la teoría política articulada fundamentalmente en el *Policraticus*. El capítulo, titulado “John of Salisbury’s Political Theory”, enumera algunos de los contenidos nucleares de esta teoría: la conducta de la corte, la tiranía y la llamada “doctrina del tiranicidio”, las reflexiones de Juan sobre el poder del príncipe y la construcción de una analogía organicista para analizar el funcionamiento del cuerpo político (*res publica*). En el capítulo nueve, “John of Salisbury on Science and Knowledge”, David Bloch trabaja la relación de Juan de Salisbury con las teorías del conocimiento contemporáneas a su época, con especial énfasis en la influencia y recepción de la obra aristotélica en los trabajos de nuestro autor y en la forma en que aparecen elaboradas ideas acerca de la adquisición de la sabiduría y el conocimiento: no sólo la razón y la retórica son un elemento importante en la teoría de

Salisbury, sino sobre todo la adquisición de la *artes* como herramienta, particularmente la lógica.

El capítulo siguiente se titula “*Qui Recta Quae Docet Sequitur, Uere Philosophus Est. The Ethics of John of Salisbury*”. En él, Sigbjørn Sønnesyn continúa en el registro del artículo de Bloch, pero centrándose particularmente en el aspecto ético y moral de los trabajos de Juan de Salisbury. En este sentido, si bien éste no escribió un tratado moral, restos de una concepción ética determinada aparecen a lo largo de su obra. Sønnesyn analiza cómo el tema ha sido abordado por enfoques previos, para centrarse luego en algunos aspectos específicos del problema: la definición y el rol de la felicidad, la gracia, los límites del emprendimiento humano y las virtudes. El último artículo de esta parte, “John of Salisbury and Theology”, escrito por Christophe Grellard, problematiza un tema escasamente trabajado. De forma similar a lo que sucede con la ética, no se encuentra en la obra de Juan un desarrollo acabado de aspectos teológicos, a pesar de sus años de estudio en París y su vínculo con grandes personajes como Pedro de Celle o Gilbert de Poitiers. La hipótesis de Grellard ante esta falta llamativa es clara: la relación de Juan con la teología puede ser comprendida sólo en el contexto del escepticismo académico que abiertamente abrazaba y que definió la estructura de toda su obra filosófica. Para trabajar con esta afirmación, Grellard aborda en primer lugar la formación teológica de Juan, para luego analizar el vínculo entre esta formación teológica y su filosofía escéptica, arribando a la conclusión de que la teología escéptica de Juan deriva en una teología política, a la cual el autor dedica un análisis final en el capítulo.

La última parte del libro, “John of Salisbury and his Readers”, se compone de un único y extenso capítulo, escrito

por Frédérique Lachaud, que trabaja sobre el impacto y la recepción del *Policraticus* en la Edad Media tardía. Titulado “Filiation and Context. The Medieval Afterlife of the *Policraticus*”, el artículo parte de la constatación –largamente debatida– del significado determinante de esta obra en el pensamiento político tardomedieval. En este sentido, la autora insiste en que esta influencia debe estudiarse desde una óptica que trabaje los contextos y recepción del texto, para comprender la forma en que algunas de las ideas expuestas por Juan de Salisbury fueron apropiadas y reinterpretadas en distintos momentos. De esta forma, Lachaud trabaja distintos contextos de recepción: el conocimiento de la obra en la Inglaterra de los siglos XII y XIII, su lectura en el siglo XIII y en el período tardomedieval francés y la circulación del texto en otros lugares de Europa entre los siglos XIV y XV (especialmente entre juristas italianos, algo a lo que Walter Ullmann había dedicado ya un esclarecedor trabajo).

Como anticipábamos, la contribución de este *Companion* resulta de un valor fundamental para los estudios históricos y filosóficos vinculados no sólo a la figura de Juan de Salisbury, sino sobre todo al mundo intelectual del siglo XII.

María Paula REY

KLEINE, Marina, **La cancellería real de Alfonso X. Actores y prácticas en la producción documental**, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2015 (310 pp.).

La cancellería real de Alfonso X es el resultado de la investigación doctoral de Marina Kleine, la cual se llevó a cabo en la Universidad de Sevilla. Asimismo, el producto que se nos presenta hoy mues-

tra la actualización necesaria desde su gesta original en el año 2012. El trabajo documental llevado a cabo, así como la cantidad de datos expuestos, indizados y anexados, hacen de este trabajo una obra de consulta para cualquier estudioso del tema.

La propuesta del estudio se centra en los individuos partícipes de la cancillería real. Esta forma renovada de análisis institucional no puede sino merecer, como mínimo, nuestra atención, dado que los méritos aparentes de evitar formatos clásicos (de análisis y exposición) saltan a la vista desde un primer momento. La elección del objeto resulta evidente. En el contexto aceptado axiomáticamente de cambios político-administrativos acaecidos en Europa durante el siglo XIII, debe considerarse que la institución de la cancillería real es el dispositivo crucial a través del cual analizar y retratar estas variaciones históricas del complejo entramado social de los reinos emergentes.

El libro tiene una introducción que provee un acotado estado del arte, indicio claro de una propuesta editorial que permitiría acceder a un grupo más amplio de lectores. Asimismo, “metodología y fuentes” permite comprender en modo sintético el trabajo de acopio y análisis llevado a cabo. El resto de las secciones de la introducción sigue esta misma línea expositiva y permite aclarar y entender de modo simple el trabajo realizado.

A continuación, se desarrollan tres capítulos. En el primero, dedicado a “Los actores documentales”, veremos un estudio de sumo interés frente a un problema habitual y poco estudiado. Más allá de la particularidad de las suscripciones cancelerescas, lo que resalta en este capítulo es la insistencia en ver en las fórmulas y sus cambios algo más que mero formulismo. Teniendo presente la profunda consciencia que las obras de Alfonso X demuestran sobre el lenguaje,

así como sobre su capacidad activa en la construcción de sentidos diversos, Kleine dedica toda la primera mitad de su extenso capítulo inicial a analizar las implicancias y alcances de los cambios de fórmula acaecidos a la par de lo propio en las funciones y en la concepción sobre la producción de la cancillería real. El resto del capítulo está dedicado a una exposición y análisis cuantitativo y cualitativo de los actores de esa cancillería. Es de destacar la composición y exposición de gráficos y tablas.

El segundo capítulo propone, podríamos decir, una descripción y análisis de tipo institucional. En tal sentido, nos coloca en la escena y describe los avatares de la producción a partir del estudio de las actuaciones de los protagonistas dentro de su ámbito. Es de destacar la recuperación, para el análisis, no solo del aspecto semántico sino material.

El tercer capítulo ofrece una perspectiva dinámica del objeto que, con tanto esmero y paciencia, se construyó previamente a lo largo de alrededor de ciento ochenta páginas que dejaron planteadas los pormenores de la producción canceleresca durante el reinado de Alfonso X. En esta “evolución”, como señala la misma autora, aparecen demarcados los principales hitos de la historia alfonsí. Quizá lo más rico de la monarquía de Alfonso X fue su evidente movimiento y re-hacer a medida que cambiaban sus condiciones materiales, políticas y, por qué no, sus pretensiones. En rigor, la autora analiza los diversos cambios acaecidos en la cancillería en correlación con las variaciones producidas en los años de la monarquía alfonsí: *fecho del imperio*, sucesión y caída.

Las conclusiones vuelven sobre aspectos ya detallados y por momentos aportan nuevos datos, que quizá encontrarían una mejor acogida en el propio estudio. Asimismo, teniendo en cuenta

que en esta sección se retoma uno de los tantos puntos originales del estudio, el problema de las fórmulas, cabría preguntarse si el uso de frases verbales no está en consonancia con cambios también propuestos en otras producciones (jurídicas principalmente) del rey Sabio, considerando a su vez que hay un proyecto alfonsí y varias expresiones, siendo estas incluso muy diversas entre sí. Al respecto, vale también un comentario acerca del diseño de tapa, pues la escena del rey-dador se repite en cuanta iluminación sobre la legitimidad (siempre interna al propio escrito) del texto alfonsí busquemos (en tal sentido, tanto *Cantigas* como *Partidas* muestran ese lugar-marco que ocupa el rey en su producción jurídica y documental). En rigor, pareciera haber algunas faltas bibliográficas sobre temas clásicos, pero aún vigentes, del reinado de este monarca. Sin embargo, en lo referido al propio estudio, la actualización es completa y constituye un modelo de investigación profunda y rigurosa.

La edición es muy cuidada. Los índices resultan muy completos y se encuentran a la altura del excepcional uso que Kleine hace de tablas, imágenes y gráficos en su estudio. Esto último constituye un total de cincuenta y seis elementos de soporte gráfico que no hacen sino aportar información que, de otro modo, sería imposible de aprehender y, asimismo, le dan al trabajo una fortaleza y claridad impresionantes. No posee índice onomástico. El anexo, que está indizado en el libro, viene en un CD-ROM dentro de la propia edición. Allí aparece un catálogo prosopográfico impresionante (en cantidad y calidad) de todos los intervinientes en la producción textual de cancillería, *iussores* notarios, alcaldes y otros, así como redactores de los diversos grupos (0, 1 y 2) analizados por la autora. Por último, y no por ello menos importante, debemos destacar la calidad material

del libro, su encuadernación y gramaje de hojas que, para satisfacer a todos los lectores, fue impreso en papel ecológico. En definitiva, estamos ante una obra de consulta que también es original y analítica, y que posee cualidades que le proporcionan una presencia obligada en cualquier biblioteca general de Historia y en todas las especializadas en estudios medievales.

Daniel PANATERI

KRÖTZL, Christian; MUSTAKALLIO, Katariina y KUULIALA, Jenni, ***Infirmity in Antiquity and the Middle Ages. Social and Cultural Approaches to Health, Weakness and Care***, Surrey y Burlington, Ashgate, 2015 (319 pp.).

El abordaje de la enfermedad como objeto histórico requiere la comprensión de las normas, concepciones y prácticas que, en cada período histórico y espacio particular, desarrollaron las diferentes sociedades. Tal enfoque es el que estructura la serie de estudios que conforman el libro *Infirmity in Antiquity and the Middle Ages*. Muchos de ellos –producto de la conferencia “Passages from Antiquity to the Middle Ages V. *Infirmitas: Social and Cultural Approaches to Cure, Caring and Health*” promovida por el centro de estudios clásicos, medievales y de la temprana Modernidad de la Universidad de Tampere– conforman en su versión más elaborada el libro que compilan y editan Krötzl, Mustakallio y Kuuliala.

En este sentido, la obra se inscribe en una tradición de trabajos sobre la discapacidad y la enfermedad en la Antigüedad y el Medioevo que, aunque reciente, ha crecido de manera significativa en los últimos años. De dicho conjunto, una de

las temáticas que más atención ha recibido es la discusión en torno al “modelo social de enfermedad” y su aplicación en los estudios históricos. Según dicho modelo, la enfermedad constituye un estado físico concreto que existe independientemente de la sociedad, sus normas y concepciones, mientras que la incapacidad varía en función de la sociedad. Es decir, en un caso se trata del hecho biológico, mientras que, en el otro, de su creación y definición a partir de lo social.

Frente a esta distinción, los autores se sitúan de manera crítica, toda vez que, como se desprende del conjunto de los trabajos que conforman el libro, la enfermedad se define a partir de valores estrictamente culturales. De tal modo, a partir del análisis de las variantes culturales que interactuaron en diferentes períodos históricos, la obra analiza un grupo diverso de casos sobre cómo se comprendía la enfermedad en el mundo antiguo y medieval. Dicho análisis parte del objetivo de generar nuevas aproximaciones para el entendimiento de las diversas categorías relacionadas a la historia de la salud, del cuerpo y de la enfermedad en el mundo pre-moderno de las sociedades occidentales, así como las nociones culturales y mentales que estructuraron cada uno de estos conceptos y sus implicancias a nivel comunitario y social.

De este modo, el libro se estructura en tres secciones que integran diferentes trabajos vinculados por su objeto de estudio. La primera de ellas, titulada “Defining Infirmary and Disability” reúne cinco artículos que analizan deferentes concepciones acerca de la enfermedad y las definiciones que, en torno a ella, realizaron diferentes sociedades como la griega o la romana de la antigüedad.

La segunda, “Societal and cultural *infirmitas*” se conforma por cuatro trabajos que exploran los vínculos entre el concepto de “enfermedad” y el fenómeno

religioso-comunitario. La *Imitatio Christi* señala el sentido general de esta sección del libro. Tal concepto significaba que el dolor y el sufrimiento permitirían, para determinados miembros de comunidades religiosas, imitar la pasión de Cristo o, incluso, conseguir la salvación eterna.

La tercera y última, conformada por seis trabajos, se titula “Infirmary, Healing and Community”. Los estudios que reúne buscan analizar la enfermedad en la esfera social, particularmente en las actitudes y concepciones que, en cada sociedad, existían sobre los diferentes tipos de enfermedades y los diversos métodos para tratarlas.

De esta forma, la obra en su conjunto se presenta como un estudio social de la historia de la medicina, en el cual las prácticas sociales y las mentalidades son las que definen el lugar del enfermo, la comprensión del padecimiento que sufre y su lugar en cuanto sujeto de un grupo humano específico.

Esteban GREIF

LATOWSKY, Anne, **Emperor of the World. Charlemagne and the Construction of Imperial Authority, 800-1229**, Ithaca, Cornell University Press, 2013 (290 pp.)

El libro de Latowsky tiene como disparador la noticia del famoso regalo de un elefante a Carlomagno en 814. El animal fue enviado por Harún al-Rachid, califa abasí de Bagdad y el acontecimiento fue recordado por Eginardo en su *Vida de Carlomagno*. El centro de la investigación de la autora gira en torno a la forma en que los contactos diplomáticos de Carlomagno con el Oriente (tanto islámico como bizantino) fueron utilizados en la

elaboración de la imagen de la autoridad imperial en Occidente.

Las noticias de estos contactos fueron retomadas por Notker Balbulus (c. 840-912), quien los utilizó en sus *Gesta Caroli Magni* para sostener el derecho de los reyes carolingios a gobernar por elección divina y como continuadores de la tradición imperial romana. Con este objetivo, Notker convirtió esas noticias de intercambios diplomáticos en historias de sujeción de los persas y griegos al emperador franco. Durante los siglos X y XI aparecieron textos –generalmente en entornos monásticos– que explicaban la presencia de reliquias orientales en distintos claustros a través de los viajes –ficciones literarias, en verdad– de Carlomagno a Oriente. En estos escritos la figura del emperador tiene componentes apocalípticos y estuvieron influidos tanto por el ascenso al Imperio de los sajones como el inicio de la Lucha de las investiduras. A fines del siglo XI, Benzo de Alba (+ c. 1089), obispo opositor a la Reforma gregoriana y partidario del emperador salio Enrique IV, escribió los *Libri ad Heinricum IV*. Se trataba de una serie de textos que sostenían la supremacía del Imperio sobre el Papado y tomaban la figura de Carlomagno como antecedente del soberano de la dinastía de los Salios. El autor retomó los relatos acerca de los viajes del emperador franco a Oriente y del traslado de reliquias como uno de sus argumentos para sostener su posición acerca de la existencia de un poder imperial que provenía directamente de Dios y no debía nada a la autoridad papal. A continuación, Latowsky estudia el uso de la figura de Carlomagno en los textos de propaganda Hohenstaufen, favorables a Federico Barbarroja. Se trata de una serie de escritos de varios autores distintos (Otón de Freising, Rahewin, el llamado “Archipoeta”) y otros textos, muchos de ellos anónimos, como la *Carta del pres-*

te Juan. En estos escritos se presenta una multitud de temas, algunos de los cuales ya habían aparecido anteriormente en la propaganda pro-imperial, como el universalismo romano o la idea del último emperador. Se trató de un período de gran producción de textos con esta tendencia ideológica, generados mayormente en la cancillería imperial, que implicaron la incorporación de la figura de Carlomagno como emperador universal en el discurso Hohenstaufen acerca del imperio. Esta idea termina de tomar forma en el *Liber universalis* de Godofredo de Viterbo (c. 1120-c. 1202), cuya construcción presenta a Carlomagno como un antecesor de Federico en el contexto de la canonización del emperador franco en 1165. El objetivo final era definir la autoridad del Sacro Imperio tanto frente al papado como ante los griegos, utilizando el viaje del emperador franco al Oriente. Finalmente, Latowsky analiza el mito del viaje de Carlomagno a Oriente en la tradición francesa medieval. Se trata de una serie de textos producidos en el contexto de la primera Cruzada que relataban el sometimiento del Este a la autoridad del emperador, aunque la divulgación de esta idea tuvo alcances limitados y es poco probable que haya influido masivamente. En la segunda mitad del siglo XII, el viaje de Carlomagno a Oriente comenzará a formar parte de la ideología capeta, que señalaba a esta dinastía como sucesora del emperador. Esta idea se habría iniciado en la abadía de Saint-Denis bajo el abaciado de Odón de Deuil. Siguiendo con el mismo desarrollo ideológico, Pierre de Beauvais produjo a principios del siglo XIII –en tiempos de Luis VIII– un texto en francés que narraba la conquista de España y Tierra Santa por Carlos y la adquisición de reliquias de Oriente –tema que aparecerá más tarde con Luis IX en uno de los vitrales de la Santa Capilla de París–.

Como vemos, el relato del viaje del emperador franco a Oriente, la adquisición de reliquias, la sumisión de los soberanos extranjeros y la conquista de Tierra Santa fueron utilizados dentro de distintas elaboraciones ideológicas, más allá de si los autores de esas narrativas creían o no en esas tradiciones. Lo que importaba en esos escritos era la fuerza retórica de la política exterior de Carlomagno luego de su coronación imperial. En esa tradición literaria se cruzaban elementos que iban desde la justificación dinástica hasta creencias apocalípticas, pasando por el universalismo romano. El libro de Latowsky es un excelente estudio de los caminos, no siempre claros ni lineales, de la construcción ideológica en la alta Edad Media y en la Edad Media central.

Alfonso HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

O'HOGAN, Cilian, **Prudentius and the Landscapes of Late Antiquity**, Oxford, Oxford University Press, 2016 (197 pp.).

La aparición del libro de Cillian O'Hogan, de la Universidad de Toronto, debe ser celebrada por el hecho de que se suma a las investigaciones en torno de la literatura tardoantigua, en particular de un autor como Prudencio, en quien la crítica ha incrementado su interés a partir de la segunda mitad del siglo XX. Asimismo cabe destacar que la obra de O'Hogan es el producto de un trabajo concienzudo que resulta de su tesis doctoral y que cuenta con el aval de la prestigiosa Universidad de Oxford para su publicación. Tal como señala el autor, la bibliografía tenida en cuenta para la composición de su obra alcanza lo editado hasta septiembre del año 2015,

preferentemente en lengua inglesa, lo que demuestra la actualidad del texto.

Seguidamente, tras la enumeración de los contenidos, el filólogo canadiense se detiene en señalar que el cristianismo produjo cambios notables en la Antigüedad tardía en lo que respecta a la valoración de la palabra escrita; esto le permite argumentar que “la poesía de Prudencio debe ser leída a la luz de este acercamiento hacia la palabra y la literatura”. Asimismo reconoce que la obra del poeta hispano está relacionada con cuestiones imperiales, con el culto del espacio sagrado y, en definitiva, con la identidad y la naturaleza de una cultura libresca. En función de esta íntima imbricación con “el libro” deben analizarse los temas topográficos y geográficos que se iluminan en la poesía prudenciana.

Estas preocupaciones temáticas llevan a O'Hogan a reconocer la importancia que tienen en Prudencio el uso de la *ékphrasis* —la descripción plástico-retórica de las obras de arte— y la necesidad de relacionar este recurso con los grabados arqueológicos originados en el culto de los santos y los mártires. La poesía prudenciana, entonces, y la organización ritual de las reliquias martiriales, se constituyeron entre los mayores intereses de la crítica, además de la reflexión sobre los fundamentos teológicos que muestra la obra del español; si bien O'Hogan también se remite a estos temas, la mayor novedad que se desprende de su texto consiste en analizar los espacios geográficos y sagrados observables en Prudencio, los cuales están inspirados en autores como Virgilio, Horacio y Ausonio, y el conocimiento de los Padres de la Iglesia.

En función de estas metas anunciadas en la introducción, el Dr. O'Hogan inicia el Capítulo I señalando que existía entre los romanos la tendencia de adquirir conocimientos a través de la lectura,

incluso en lo que respecta a los espacios geográficos. Esta manera de acercarse a los sitios es lo que se percibe en el *Peristephanon* de Prudencio, quien confecciona, según O'Hogan, "un mapa textual por medio del cual el lector puede viajar", en contraposición al *Cathemerinon*, donde la preocupación mayor reside en la organización de lo temporal. Asimismo se advierte que la colección poética dedicada a exaltar a los mártires, al igual que los manuales militares romanos, provee de instrucciones moralizantes encarnadas en el sacrificio heroico y ejemplar de los santos, quienes, a través de sus reliquias, reciben la devoción de los fieles. Por ello O'Hogan afirma que la descripción que Prudencio hace de "los sitios de culto" representa, en lo poético, una metáfora de las peregrinaciones que se llevaban a cabo a los espacios sagrados.

El motivo del viaje como experiencia y aventura peligrosa es uno de los tópicos a analizar en el segundo capítulo; el autor señala que viajar se había transformado en una circunstancia más problemática en el tardío siglo IV, debido a las incursiones de los germánicos y a la creciente fragmentación del Imperio. No obstante, el hecho de alejarse de los sitios conocidos formaba parte de las experiencias que la literatura latina había representado desde siglos anteriores; y de este sustrato poético Prudencio extrae ejemplos para sus composiciones, como ocurre con Eulalia, Hipólito y Casiano en *Peristephanon* 3, 11 y 9 respectivamente. Múltiples alusiones virgilianas y otras, surgidas de las *Metamorfosis* de Apuleyo como así también del texto bíblico, se dan cita para construir la aventura-pasión de sus mártires.

Estos, para Prudencio, se constituyen en "héroes cívicos, de manera análoga a las figuras ejemplares de la temprana historia romana", así comienza el capítulo 3 de la obra de O'Hogan ("Ur-

ban Space and Roman History"). Si bien la relación existente entre los cristianos y la ciudad fue compleja en los primeros tiempos de la Iglesia, los mártires son presentados como instrumentos de purificación y de renovación fundacional de sus ciudades nativas, así es como el poeta español representa a los protagonistas de sus himnos, quienes se enfrentan al aparato de la Roma imperial. De esta experiencia poética de la resistencia, se logra generar entre los lectores un fuerte impacto emocional que se asocia, a su vez, a la celebración ritual organizada a través de un calendario litúrgico.

Pero no es solo el espacio ciudadano el que es descrito en la obra prudenciana, sino también el pastoral; este es el tópico que O'Hogan desarrolla en el capítulo 4 ("Pastoral and Rural Spaces"), donde advierte que los paisajes imaginados permiten comprender el concepto de espacialidad para Prudencio, ya que se focaliza en el género bucólico y en la idealización del campo visto desde la ciudad, relacionándolo con las ideas cristianas sobre el mundo celestial. Las visiones del cielo son descriptas particularmente en los himnos 3, 5 y 11 del *Cathemerinon*, para las que Prudencio parece inspirarse en la descripción poética de jardines de la época augustal y de los primeros siglos del Imperio. En ellos se advierte el triunfo de la luz sobre la oscuridad que alegoriza la imposición de la teología cristiana sobre el paganismo, representado en las *tenebrae* infernales.

Por último, en el capítulo 5 ("Describing Art"), O'Hogan recorre otros poemas prudencianos, tales como *Contra orationem Symmachi*, para analizar la argumentación del poeta español contra la idolatría y la iconografía pagana; sin embargo se destaca una actitud ambivalente con respecto a las obras de arte, ya que sobresalen extensas descripciones del esplendor arquitectónico de las ba-

sílicas cristianas, como puede leerse en el himno 3 del *Peristephanon*, dedicado en honor a Eulalia. En consecuencia, O'Hogan advierte sobre "la eficacia de las imágenes y las artes visuales para transmitir información religiosa".

En el cierre del libro, una brevísima conclusión ("Conclusion") en la que se vuelve a insistir en el hecho de que Prudencio es un autor "libresco", complejo y brillante, que recurrió a la alusión y a la acumulación de descripciones y narraciones para expresar una verdad universal. Una ordenada bibliografía y un conciso "Index Locorum" rematan la producción de O'Hogan, quien procuró examinar la obra del poeta cristiano a la luz de la concepción del mundo como un texto.

Liliana PÉGOLO

VANDERPUTTEN, Steven, **Monastic Reform as Process. Realities and Representations in Medieval Flanders, 900-1100**, Ithaca-Londres, Cornell University Press, 2013 (247 pp.).

Desde fines del siglo XIX y durante buena parte del XX, las reformas monásticas en las distintas regiones de Europa eran estudiadas como expansiones de los grandes centros de reforma (especialmente Gorze y Cluny). El tema era reducido entonces a la llegada de reformadores inspirados por estos monasterios. Las reformas monásticas en otras regiones (fuera del Imperio o de Borgoña) eran comprendidas como momentos puntuales e intervenciones personales que rompían con tradiciones monásticas que habían fallado. Para Steven Vanderputten, esta forma de entender la reforma monástica en Flandes es errónea y está basada en una lectura lineal de las historias de los monasterios, compuestas muchas de

ellas durante el siglo XI. En tales historias, se justificaban las transformaciones de ese siglo como una consecuencia del fracaso de las reformas del siglo X o principios del XI. Desde la perspectiva de Vanderputten, los autores de dichas historias –como Simón de Gante– en realidad trataban de justificar los cambios del siglo XI creando una secuencia de fracaso y quiebre en los años anteriores. Sin embargo, el estudio de otras fuentes relacionadas directa o indirectamente con la evolución de los monasterios flamencos, muestra un proceso de desarrollo y reforma mucho más continuo desde principios del siglo X.

El autor ubica las transformaciones monásticas y a sus líderes espirituales en un contexto político más amplio, relacionándolos directamente con las aspiraciones de las grandes familias nobiliarias flamencas, principalmente con los condes de Flandes. Un ejemplo de esto sería la convocatoria del conde Arnulfo a san Gerardo de Brogne para reformar distintas abadías flamencas a mediados del siglo X. Según el autor, el recurso a esa reforma disciplinaria y ascética encabezada por Gerardo habría sido parte de una política orientada a aumentar la autoridad del conde sobre la riqueza material de esas instituciones monásticas, dentro de la lógica de control de bienes eclesiásticos que llevaron a cabo los principados territoriales con el debilitamiento de los reyes carolingios. A la muerte de Arnulfo sucede una crisis de poder de los condes de Flandes, hecho que posee muchas consecuencias, como la intervención de Hugo Capeto en territorios flamencos. Para el monacato, ello no implica necesariamente un retroceso. Por el contrario, muchos monasterios se liberan de la tutela condal y sus abades se dedican a consolidar las posesiones de los mismos y a la creación de lazos y alianzas con las elites regionales. Eventual-

mente, también lo hacían con poderes de un horizonte más amplio –obispo de Canterbury, emperador Enrique II–, lo que implicaba una internacionalización de los objetivos de ese monacato. Esto significa que –contrariamente a una visión tradicional de la historia monástica en Flandes– las últimas décadas del siglo X y las primeras del XI no son un tiempo perdido para el monacato aunque no haya grandes figuras encabezando movimientos de reforma. De hecho, durante este período muchos monasterios florecieron culturalmente –ejemplo de ello es la producción de manuscritos de Saint-Bertin– y desarrollaron una red de patronazgos laicos y eclesiásticos mucho más compleja que en la primera mitad del siglo X.

El período siguiente de la historia monástica local (a partir de principios del siglo XI) verá la aparición de los ‘grandes’ reformadores (Ricardo de Saint-Vanne, Malbodo de Saint-Amand, Leduin de Saint-Vaast, Roderico de Saint-Bertin) que implementarán un nuevo modelo de gestión monástica. En él, el abad y sus colaboradores más cercanos serán quienes tiendan a monopolizar las relaciones con el exterior del monasterio y aislarán al resto de la comunidad en el interior del claustro. Sin embargo, Vanderputten afirma que esta forma de ordenar tal vida monástica en verdad se basaba en experiencias de fines del siglo X y contemplaba la diferencia existente entre las tradiciones e historias de cada monasterio concreto. Desde este punto de vista, el autor considera que, para los mismos abades, la reforma era entendida como un proceso a ser articulado durante muchos años. En la primera mitad del siglo XI, ellos tendrán la ventaja de una mayor independencia en el ejercicio del cargo abacial en comparación con el que ostentaron sus predecesores de mediados del siglo IX. Aunque Vanderputten estu-

dia principalmente la reforma en Flandes en un nivel regional, no deja de señalar las influencias derivadas de ideas y movimientos religiosos y eclesiásticos provenientes de otras regiones –como la Paz de Dios, la Reforma gregoriana o la cluniacense– en el accionar de los abades. Estas ideas serían utilizadas como parte del proyecto destinado a convertir los claustros en verdaderas ‘máquinas de oración’, con un alto grado de independencia respecto de las elites laicas. Esas mismas ideas eran utilizadas en función de las necesidades concretas de cada institución monástica, no en virtud de un plan general de reforma importado de otra región de Europa. Vanderputten –en el último capítulo del libro– señala que, tradicionalmente, la historiografía sobre el monacato flamenco señala una crisis a mediados del siglo XI, seguida por una ola de fundaciones monásticas que llega hasta el 1100, fenómeno que se entiende como superador de esa crisis. Para el autor, esta interpretación es demasiado dependiente de noticias tardías, construidas en función del modelo crisis-renovación que busca resaltar a determinado abad y, para ello, crea la ficción literaria de una debacle generalizada anterior a su aparición. En cambio, según el mismo Vanderputten, no hay una crisis general del monacato flamenco en la segunda mitad del siglo XI sino un desinterés de los condes de Flandes por las antiguas fundaciones benedictinas de la región. Cuando esto cambie y vuelvan a preocuparse por ellas los nobles favorecerán la introducción de los usos cluniacenses en esas casas. Por lo tanto, la reforma de fines del siglo XI y principios del XII también será realizada sobre una base ya establecida y no en contra de una decadencia generalizada. Esta reforma será el producto tanto de la renovada atención de los condes Flandes hacia los claustros benedictinos como de la implementación de la Reforma grego-

riana en esos territorios, –hecho que se manifestará no solo con la introducción de los usos cluniacenses sino también con la concesión de privilegios papales–. Las transformaciones del siglo XII buscarán profundizar la inserción del monacato benedictino flamenco en esa sociedad con una agenda que no es distinta a la de los líderes benedictinos y eclesiásticos del siglo anterior.

El libro de Vanderputten puede ser ubicado en una corriente historiográfica más amplia que, ya hace más de veinte años, ha dejado de tener el año mil como escenario de un cambio radical en la historia de Europa. Por el contrario, él se manifiesta a favor de una visión de continuidad entre el período post-carolingio y el de las grandes reformas monásticas o eclesiásticas de fines del siglo XI y principios del XII. El autor demuestra convincentemente esta continuidad con el estudio cuidadoso de la historia específica de las grandes abadías flamencas y presenta la evolución del monacato de esa región, entre mediados del siglo X y principios del XII, como un largo proceso de acumulación de bienes materiales, de redes de relaciones sociales y políticas (con eje central en los condes de Flandes) y de experiencias de gestión abacial.

Alfonso HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

VIDAL, Silvina Paula, **La historiografía italiana en el tardo-Renacimiento**, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2016 (366 pp.).

El libro que reseñamos en esta oportunidad es el resultado de una tesis doctoral con el obligado *aggiornamento* que demanda la seriedad de publicar en años distante los frutos de tan esmerado trabajo. En este caso, la temática impli-

ca una reflexión sobre la práctica en un doble sentido. En primer lugar, la idea de pensar en torno a los métodos con los que se compone la narrativa histórica. En segundo término, considerar la historia de la práctica de la disciplina histórica. Esta dualidad que enriquece el estudio encuentra un cabal desarrollo a lo largo de sus páginas.

Este análisis sobre la historiografía italiana del tardo-Renacimiento propone un estudio particular. Considera que “entre 1550 y 1600, tuvo lugar una tratadística vernácula de *arte storica* en el ámbito paduano-veneciano”, el cual respondía a cuestiones regionales. Es decir que, partiendo desde la tradición latina que funcionaba en el período previo, Vidal se dedica a entender los primeros atisbos de una práctica historiográfica en lengua romance que tiene plena conciencia de su lugar social en la medida que comprende las principales funciones de la Historia: entender, comunicar y transformar.

El libro es notoriamente para especialistas, no solo historiadores sino, especialmente, modernistas e italianistas. Sin embargo, hay una preocupación constante de la autora por desarrollar *in extenso* las temáticas que aborda con un serio tratamiento de datos. En tal sentido, la introducción resulta bibliografía obligatoria para cualquier materia de grado, tanto de historia moderna como cultural de Occidente.

El uso documental es extenso, en cantidad y en calidad. Por la temática, se basa en autores del período y sus obras. Esto no implica la ausencia de elementos contextuales que permitan entender en alguna medida la historia social que circunda el objeto tratado, pero el recorte es visible y está quirúrgicamente elaborado.

Teniendo en cuenta lo dicho previamente, podemos ver que la organización del estudio responde inteligentemente

al análisis realizado. En tal sentido, el lector es informado a medida que el estudio se va desarrollando en una clave de proceso. Esto otorga una sensación de camino unidireccional para entender estos problemas históricos. Dicha estrategia retórica resulta carísima tratándose de una temática compleja y hunde sus raíces en prácticas intelectuales y culturales muy antiguas.

En rigor, podremos encontrar una introducción que tiene por objetivo definir de un modo muy patente los elementos críticos del estudio. Terminología, estado del arte, hipótesis y presentación de fuentes. El primer capítulo repone antecedentes histórico-intelectuales y los relaciona con el espacio geográfico-temporal concreto que se abordará en el libro. A partir del segundo capítulo, se dedicará a estudiar las obras concretas de los diversos autores elegidos. Esta tarea se lleva a cabo relacionando no solo las obras sino también los autores con su medio, su historia y su tradición. Asimismo, reconstruye los debates y los lugares desde los cuales dichos autores desarrollaban su obra. En otras palabras, Vidal reconstruye el cómo de la lectura de esas obras históricas. De igual modo, no solo propone una mirada sobre los autores centrales de sus capítulos, sino que también sostiene dicha mirada a través del estudio crítico de quienes leyeron y constituyeron la *communis opinio* de las diversas obras que son centro del desarrollo del *arte storica*.

Comienza con Francesco Robortello en el capítulo dos. Allí, no solo retoma las propuestas del udinense en clave crítica, *i.e.* analizando en modo propio los escritos revisitados, sino que además las pone en diálogo con los lectores y detractores históricos de la *De historica facultate disputatio*. En tal sentido, arriba al primer escalón en el proceso de construcción de una nueva práctica y

de una nueva concepción de la Historia. Aunque el concepto de *magistra vitae* parece seguir formando parte del *background* intelectual, parecería perfilarse una noción de la práctica de la Historia como un potencial activo.

El capítulo tercero se lo dedica a la figura de Francesco Patrizi y su inabarcable obra. En este segundo peldaño, reconoce Vidal el desarrollo de una Historia analítica, ligada menos al arte narrativo y más a la búsqueda sistemática de fuentes como una manera de entender el pasado. A su vez, ese entendimiento implicaba a la acción de una manera muy concreta. Así, la Historia tenía una lectura clara en clave política.

En el capítulo cuarto se concentra en Sperone Speroni y su *Dialogo delle lingue*. Una de las particularidades de Speroni está no solo en su defensa de la lengua romance, sino su particular concepción de ella para la práctica de la historia, como uso y como objeto. Se podría decir que, de la mano de Speroni, la Historia se separa de la práctica humanista tradicional y adquiere un tono antirretórico y de corte conceptual al servicio activo de una defensa política que en ese momento estaba atravesada por el conflicto entre católicos y reformados.

Los capítulos siguientes trabajan en clave diacrónica, retomando y poniendo en movimiento las fotografías que hubo analizado con profundidad y detenimiento desde una perspectiva sincrónica. Así, “De Robortello a Speroni...” es una imagen activa de un proceso histórico que, sobre el final del relato, se desenvuelve al lector con plena potencia, y demuestra que dicho desarrollo no tenía nada de directo, derecho ni definido de antemano. Más allá aún, retoma las diversas concepciones del saber desde Aristóteles para poner en evidencia lo dicho, las marchas y contramarchas del desarrollo

científico de la Historia. El capítulo final, está dedicado al estudio de la conformación del canon a partir de la recepción de las obras en los diversos ambientes donde se establecieron como tal, *i.e.* reformados para los primeros dos autores y católico para el tercero. En este último apartado, Vidal termina de mostrar el grado de conocimiento sobre su objeto. Luego de explicar las obras, sus contextos, ponerlas en diálogo, analizarlas al calor de la historia, ahora las analiza desde la óptica de su impacto.

Las “Reflexiones finales” parecen una sección obligada de otro formato. En tal sentido, son mayormente redundantes. Sin embargo, luego de tan profundo y documentado estudio, que además echó mano de perspectivas diacrónica y sincrónica, a la vez que trabajó sobre una estética de la recepción, puede agradecerse que el autor vuelva someramente sobre los puntos más importantes a tener en cuenta.

La edición, en términos formales resulta muy cuidada. Posee un apéndice de imágenes. Si bien no parecen tener una función definitoria dentro de la narración, pensamos que incluir imágenes con las obras de época no resta nada y tiene un impacto positivo a nivel estético. Posee tres apartados de bibliografía. Uno para fuentes primarias, otro para secundarias y el bibliográfico propiamente dicho. Finalmente, debemos decir que para tan interesante y erudita obra, hubiera sido de ayuda contar con índices onomásticos.

El texto, en suma, es de gran utilidad. Es una novedad para especialistas y un ejemplo de trabajo historiográfico reflexivo que funciona en varios niveles de análisis al mismo tiempo. Hay una preocupación constante de definición conceptual y de construcción en clave histórica combinadas con una erudición sorprendente.

Daniel PANATERI